

Le veo que observa á Camila y nota su actitud; dijérase que los dos pensamientos, las dos sospechas, se encuentran, cruzan y abrazan en el aire, como dos espadas desnudas. Al contacto de la sospecha de Camila, la de Solís acaso se hace certidumbre.

## XVI

Nos sentamos á almorzar. Camila, frente á mí, preside. Á su derecha, Rafaelín. Solís, al otro lado. Á mi derecha, Trini; la inglesa, en el puesto inferior, á la izquierda.

Convencido como estoy de que la mayor parte de nuestros estados psíquicos, aunque jamás carecerán de razones de ser, las tienen frecuentemente tan ocultas que ni nosotros mismos las traducimos y analizamos, no he intentado explicarme por qué aquel almuerzo fué una hora excepcional en mi vida; por qué desde que Trini se colocó á mi lado, comprendí su deseo y su sinceridad, y presentí el desarrollo que iban á tener los sucesos.

La mesa lucía un adorno muy vulgar, pero encantador: canalitos de vidrio liso llenos de

agua en que refrescan flores y ramillas tiernas de helecho. Eran como riachuelos dormidos sobre la blancura del mantel. Dado que en Portodor andamos mal de jardinería, Tadeo se había ingeniado y traído del río buena provisión de las umbelas rosa que huelen á almendra amarga; y el ligero olor, avivado por el calor y la frescura, me penetraba en el alma como un cuchillo de oro. El cocinero, aunque careciendo, según decía, de mil recursos que no faltan en Madrid, había sacado partido de la mariscada y pesca tan abundante en Portodor, y desde las menudas anchoas hasta los filetes de lenguado á la Monrny y el rodaballo á la Teodora braseado al Champagne, el menú, casi magro, era para despertar el paladar del más gastado gastrónomo. Trini, que habitualmente come poco, animada por mis bromas y mis obsequios, estuvo hasta glotona; dos veces se sirvió del rodaballo, ensalzándolo. Solís, aliviado de su tortura al notar cómo yo atendía á Trini y cómo ella se esponjaba dichosa, y un tanto excitado quizás por los excelentes vinos que ordené á Tadeo que sirviese, empezó por desta-

car alguna frase y, al fin, habló brillantemente, desplegando ingenio, conocimientos y buen humor irónico, que descargó sobre el pueblecillo de Portodor, sus notabilidades, sus festejos, su Casino, sus bellezas.—Trini se reía; hasta Camila desfrunció el entrecejo, sonrió, y dos ó tres veces aprobó.

Annie era la malhumorada silenciosa. Á medida que adelantaba el almuerzo, se acentuaba su hosca frialdad: con leves pretextos reprendió ásperamente, en inglés, á Baby; el pequeñuelo hizo un mohín llanero, mimoso; Trini le echó un beso volado, le hizo un guiño de inteligencia. Los ojos azules, de claro doblete de zafir, se obscurecían, y los labios bien cortados temblaban de ira al notar que el niño se entendía con otra y que á esa otra yo le presentaba un fruto, le servía una salsa, le ponía vino en el vaso. Alegando que Baby no debe permanecer tanto tiempo seguido en la mesa, levantóse al servirse el asado intentando llevarse al chiquitín; pero Trini intercedió:

—Miss Annie, ¡por Dios! déjenosle hoy, un día es un día. Rico, Faelín, ¿verdad que te quedas?

Entiendo: le hago un signo á la inglesa —nada más que un signo, pero de amo,—y no hay remedio, mi voluntad se impone; el aya, en señal de protesta, se retira. Entonces el almuerzo se hace más íntimo, más atractivo; Trini respira, libre de las ojeadas de cristal azul; Camila, con toda su altivez, se encuentra también más á sus anchas; Solís especialmente se alegra; ¡mi acto de energía le da á entender tantas cosas! Radiante, salpicada de Champagne su nada tersa pechera, vuelve á sostener la conversación con un *esprit* periodístico ameno y maligno á la vez. Después de un ditirambo al "inflado" javanés con que termina el delicado almuerzo, propongo ir á tomar el café bajo el emparrado, en la enorme mesa de piedra toda bordada de vegetaciones que el sol metaliza. Allí nos sentamos... y ¡yo no me miento nunca á mi mismo! viendo á Trini con Rafaelín en brazos, explicándole por qué una mosca se ha preso las patas en el azúcar de un platillo, lo cual el pequeñín celebra con risas gorjeadas, con exclamaciones de asombro y gozo,—me encuentro feliz!—El sortilegio del

niño sobre la mujer actúa visiblemente; el grupo inefable, simbolo de la vida, se ha formado y estrechado al influjo del aire, de la libertad, del alejamiento de las ciudades, de la naturaleza, en fin. Mientras yo fumo mi cigarro, Trini juega con el niño; juegan á partir piñas y á descascarar piñones, sirviéndose de una piedra, y las risas aumentan y el chiquitín toma confianza, y tiraniza á Trini como me suele tiranizar á mí, y la empieza á soltar letanías de cariño:

— Trini bonita, Trini buena, Trini de mi corazón...

Ella se anima, se entusiasma también. Pasamos las horas calurosas de la tarde bajo el toldo de parra, oyendo surtir el agua, esa agua tan fresca, tan leve, tan digestiva, que bebí de niño con los carrillos sofocados de correr. El danés, Vértigo, sentado gravemente á mis pies, abre por turno el ojo derecho y el izquierdo y estremece una oreja cuando le importunan las moscas. El ambiente es pesado; pero á cada minuto lo abanicen brisas de mar. A eso de las cinco, al empezar á aplacarse el

calor, propongo que bajemos al pueblo, alquilemos un bote y demos un paseo por la ría. Es muy probable que caigan algunos panchos. Tadeo llevará anzuelos, cordel y el cesto para recoger lo que se pesque. La proposición es acogida con transportes de júbilo por el niño, con satisfacción por las señoras. Invito á Solís, que rehusa, y no invito á miss Annie: acabamos de verla pasar allá á lo lejos por la carretera que atraviesa la parte baja de la posesión, cabalgando en su bicicleta, muy bien ensiluetada, muy airosa, muy decidida.

Vamos, pues, en familia, sin mercenarios de lujo. Desatraca el bote. Sardiñete, el marinero, rema despacio, de un modo insensible; su hijo, un rapazuelo de unos quince años, coge la caña del timón. Nosotros echamos la *liña* y esperamos que el pez pique. Trini ayuda y aconseja á Rafaelín; le enseña á tener la cuerda quieta y á dejarla flotar según el derive, casi imperceptible, del bote. Trini, en toda esta jornada, se muestra mañosa, útil, viva. Al sentir el primer tirón, el chico pega un grito de alegría nervio-

sa, tan penetrante, que el pez se asusta é intenta huir, y no lo consigue, porque ya está enganchado. Á la luz del sol poniente vemos encorvarse y palpar su cuerpo de plata, y, arrancándolo del anzuelo, se lo entregamos á Rafaelín. La criatura coge el pececillo; pero, al notar su agonía, la gota de sangre que mancha sus agallas, quédase un momento pensativo, y después rompe á llorar, escondiendo su preciosa cara en el seno de Trini, que le cubre de caricias.

—No se pesca más, rico—dice ésta.—Se acabó la pesca por hoy. Verás; á este pescadito le volvemos al agua y se pone tan contento y se va junto á sus hermanitos, á contarles que por poco nos le comemos frito esta noche.

—¿No mere el pescado?—pregunta, entre sus lágrimas, Rafael.

—No mere, vidita, no mere: ahora rompe á correr tan contento, y va á tomar café con sus amigos, y á fumar, como tu *father*.

La risa sucede á las lágrimas. Por debajo del agua transparente, el niño ve desaparecer el cuerpo del pez, en relampagueante fuga.

Se recogen los avíos de pesca. ¡Rafael es el que manda! Mi alma flota, se disuelve en la placidez infinita de la hora moribunda. Hace bochorno; no corre un soplo de viento. El sol, allá en la línea del horizonte, descende abrasado al fondo del agua oscura. Cae la noche, y apenas desaparece el astro, surge claridad, no de la luna, que no se deja ver, ni de las estrellas, altas y diamantinas, sino de la misma sábana del agua, que se enciende en hervor nupcial, como inmensa luciérnaga. Resplandores glaucos parecen venir del fondo de las olas, permitiendo ver las miríadas de peces que cruzan sus profundidades y que son como remolinos de prolongadas hojas de estaño, arrasados por una corriente de esmeralda pálida, derretida. El remo abre surcos de lumbre fosforescente y al subir derrama cascadillas de gotas luminosas. El pálido incendio nos alumbraba con reflejos fantásticos de linterna chinesca. El niño pregunta, y le explico el fenómeno como puedo. Estoy cerca de Trini, y siento en aquella noche de verano, en que arde hasta el agua, su atractivo; pero estoy seguro de que

no se trata de un estímulo material, de que es la criatura quien vuelve á llevarme hacia el hogar, hacia la paz, hacia la aceptación de la existencia completa, vivida y transmitida á otros...

Camila nos da el alto: tienen que volverse al balneario; la excursión exige hora y media lo menos, ¿cuándo llegarán, y qué pensarán de ellas los demás bañistas?

Trini, suspirando, exclama:

—¡Qué lástima! ¡Qué buen día se ha pasado!

Saltamos en la playa, y ofrezco otra vez el brazo á Trini para llevarla hasta el coche, que ya las espera al extremo del muelle. Es un breve momento de soledad y de confianza. Camila se queda atrás, á propósito, entreteniendo al niño, enseñándole las redes de pesca que negrean entre el blanco arenal.

—Gaspar—murmura Trini con voz temblona; y noto el golpeteo de su corazón contra mi brazo derecho:— tiene usted un niño que es un hechizo. Me voy prendada de él.

—¿Lo quiere usted á su lado siempre, Trini?  
—respondo, en un arranque violento y espon-

táneo.— Ya sabe usted que se lo había ofrecido...

—Eso fué un día... Ahora... usted... ya... Y yo, entonces, no había visto al pequeño...

—Ahora, igual... si usted...—Y estrecho el brazo; y el brazo contesta á mi presión con otra muy ligera, pero sensible... La respuesta del brazo es definitiva.

—Hemos quedado—advierto á Camila—en que volveréis á pasar aquí el día del jueves. Iré á esperaros en el desembarcadero. Y antes, es probable que me aparezca en San Roque...

## XVII

Y apenas se aleja, con ruido apagado de rodadas, el coche que lleva á las dos señoras, entrego á Tadeo la criatura soñolienta, para que la suba en brazos á la Torre, hago una seña á los marineros y vuelvo á saltar en el bote.

—¿Caradónde, señorito?..

—Adonde queráis... Un paseo.

Escupen en las manos y vuelven á empuñar remos y gobernalle. Pausadamente, la barca corta la sábana de lumbre pálida y verdoza... Caigo en pleno ensueño. Por última vez—á mí mismo me empeño la palabra—me entrego á esas conversaciones interiores, en que dialoga mi doble yo. Por última vez fumo opio... Dejo colgar el brazo sobre la borda, y al rozar el

agua parece mi derecha bañada en un livor sobrenatural; la estela del barco es un trazo prolongado de lumbre, como el rastro de un cometa en el firmamento. Es preciso que yo diga adiós á los antiguos fantasmas, mis perseguidores, mis tétricos amigos; es preciso que salga de mi espelunca, y no vuelva más á ella; tengo que transmigrar y encarnarme en esposo, en ciudadano.

El agua se engalana como para un funeral con esta luz mortuoria, que me recuerda la tez de espectro de Rita Quiñones; y de entre las praderías de algas, donde ondulan vegetaciones de pesadilla, una forma se alza, semejante á una de esas vislumbres que tiemblan al movimiento de las múltiples capas de agua, y cuyas líneas se disuelven, entre las gasas trémulas y fingidas, velo de los abismos. El que ve surgir una de esas apariciones inciertas y borrosas, hijas del consorcio de la fantasía con lo real, nunca deja de atribuir á la visión forma femenina. Cree discernir, fugitivos en su diseño, los brazos que han de enlazarle, el cabello donde se ha de enredar, la boca que ha de en-

venenar la suya, el flexuoso torso que se pegará á su pecho. La mayoría de los hombres hace surgir de la obscura profundidad el amor. Mi visión, confusamente alumbrada por la fosforescencia de las ondas, es de muerte, y su boca, al acercarse á mi boca, la cuajaría en eterno hielo...

El cuerpo de mi sirena no es blanco, su pelo no es rubio: tiene su forma lo indeterminado de los senos sombríos de donde sale, y su melena se parece á la inextricable maraña de las algas, suspensas, enredadas y penetradas por esta luz líquida. Creo verla ascender despacio, ávida y amenazadora, como si me dijese: "Eres mío, no me huyas..."

—No soy tuyo — protesté. — Puedo huir. Me basta con desearlo. He jugado contigo á un juego peligroso: basta ya. Quiero vivir. Vete...

No se iba. Agarrada á la borda con sus manos de sombra, fijaba en mí los mismos ojos magnetizadores que había fijado desde el fondo del río. Y me llamaba, me llamaba... Un sudor de angustia humedeció mis sienes, y, por

un hábito pueril, por uno de esos gestos maquinales que se han hecho en la niñez y que sobreviven á todos los procesos analíticos, demolidores, de la edad madura—bajé dos dedos, alcé otros dos y tracé sobre mi frente la señal de la cruz...

En el mismo instante el agua palideció; sus reconditeces se velaron, y como se extingue una bengala de teatro, se extinguió la fosforescencia, dejando el agua incolora, tranquila, en la densa cerrazón de la noche.

—¿Se apaga el agua así de pronto?—pregunté á los marineros.

—Sí, señor... Siempre pasa así en Agosto. Dura muy poco la claridá. Aun hoy duró más que otras veces.

—Vamos al muelle—ordené, como avergonzado de mi impresión y temeroso de que me la conociesen; avergonzado del sentimiento, hasta en presencia de tan ínfimo auditorio.

Salto á tierra. Emprendo la caminata á la Torre de Portodor, cuyas iluminadas ventanas veo desde el muelle lucir como un faro. Voy determinado á desenredar mi espíritu de los

laberintos en que me he perdido siempre. Ahora creo discernirlo con lucidez total: estaba enfermo del alma, y es la salud lo que han de darme las dos supremas representaciones de la existencia: el Niño y la Mujer. El reto que acepté era insensato y absurdo, como era nefando y monstruoso el amor que me había inspirado la Guadañadora. Cuando yo provocaba y exasperaba á Solís, la buscaba indirectamente á *ella*; glosaba una cuarteta conceptuosa que me embruja la imaginación:

Ven, muerte, tan escondida  
que no te sienta venir,  
porque el placer de morir  
no me vuelva á dar la vida...

Subiendo por el sendero campestre donde, entre el olor recio del mar, flota el almizclado vaho de esos escarabajos negros, enormes, nombrados en el país "vacas de San Antonio", formo mi plan. Mañana mismo, llamaré á miss Annie, la daré rendidas gracias por sus servicios, la haré generoso regalo y la enviaré á Vigo, en un buen coche. A Desiderio Solís le enteraré de que mi matrimonio es cosa acor-



dada; le ofreceré un sueldo no despreciable en concepto de administrador y secretario, y le advertiré que estos cargos los puede desempeñar fuera de mi casa, y que así lo deseo. Y añadiré todo lo que baste á curar los escozores de sus dudas y convertirle en amigo mío, al menos en indiferente. Y después... Ya veremos: ante todo, conjurar este peligro; salir de esta situación anómala en que me he puesto voluntariamente, jugando con mi propio destino, por una caprichosa fantasía de poeta—sí, ahora entiendo la verdad: yo soy un poeta loco, á quien las herencias de melancolía de las edades dramáticas y de los antecesores desdichados, habían llevado á desear el aniquilamiento... Penetrado de esa curiosidad palpitante que da fiebre á las novias la víspera de sus bodas, yo esperaba ansioso, estremecido, lo que iba á ser de mí en poder de una fiera por mí mismo azuzada y desencadenada. Me había complacido en crear eso que llamamos fatalidad, con la substancia de mis deseos, mis orgullos y mis antojos. Quizás la fatalidad no existe, si nosotros no la fabricamos. En esta hora de sana voluntad me

parece todo el giro de mi suerte es mi obra. Soy yo quien ha soltado en mi propia casa al tigre de los celos, y le he visto avanzar exhalando su ronco rugido, y en vez de enjaularlo, me he complacido en admirar su manchada piel... Ahora entiendo cuánto daño pude hacer, no sólo á mí, sino á todos. Destejamos la infernal tela; aprisa, borremos la huella de nuestros pasos, pisando al revés.

Mi proyecto era conferenciar aquella misma noche con Solís, dejando para el día siguiente la entrevista con miss Annie. Al llegar á la Torre, supe que el profesor, algo indispuerto, se había acostado, y que la institutriz tampoco bajaría á cenar, por sufrir una jaqueca muy fuerte. A otro perro con ese hueso; bien adiviné lo que ocurría. Solís y ella se habían peleado; ella trepidaba de despecho y cólera de haber sido excluída, suplantada. Me encogí de hombros. Mañana las siluetas de estos dos seres, en mi espíritu, quedarán borradas de la pizarra con una esponja...

Cené gratamente, abierta la ventana, por la cual entraban la lejanía y la calma de la noche.

Terminada la cena me levanté, y me puse de codos en el antepecho á respirar. Recordaba que en ótras épocas me había acodado así, para contemplar las tempestades, que son en Portodor magnificas é imponentes. Caen rayos á centenares, zigzagueando sobre el mar; un espectáculo sublime. Ahora no se movía una hoja; algo de neblina, presagio de calor, empezaba á alzarse. Yo sentía ese temblor secreto, ese comienzo de embriaguez que causa todo cambio en nuestro destino. Me esforcé en pensar en Trini,—pero la Seca todavía quiso interponerse.—Te he vencido—murmuraba yo... Y me reía de la derrota de la muy coqueta, que me trae al retortero desde tantos años hace, sin realizar nunca sus promesas de darme el olvido y el descanso...

Serían las diez y media cuando subí á mi cuarto, no sin decir á Tadeo que no le necesitaba. El servidor se quedó abájo, trajinando, recogiendo. El silencio era total: no se escuchaban ni ladridos de canes, ni flauteos de sapos. Entré en mi dormitorio y cerré, sin echar la llave. Sonaron unas pisadas ligeras en el pasi-

llo, y antes de que hubiese tenido tiempo de dar vuelta al grifo del lavabo, sentí que llamaban á mi puerta unos dedos sonoros, de metal. Acudí á abrir, y me quedé perplejo, pero no sorprendido, al encararme con miss Annie. La inglesa venía muy guapa, és justo reconocerlo; su pelo de luz, sencilla y hábilmente recogido, y su traje de linó gris, de corte original, exageraban su aire pudibundo y prerrafaelista; era una deslumbradora *girl* de cromo, de esas en cuya cara la rosa se disuelve en leche y el carmín se afina con transparencias de cristal. Olía bien—sin duda usufructúa los perfumes de Rafaelín—y, en suma, llegaba á tiempo, si no se interpusiese entre ella y yo algo nuevo que se había apoderado de mí.

Entró con marcialidad, derecha y seria, y ya dentro, dió vuelta á la llave.

—No conviene que nadie nos interrumpa—dijo autoritariamente.

Me quedé mirándola, silencioso, sin protestar. ¿A ver por dónde descargaba el nublado? Y ella, acercándose con desdén, y trepidando de cólera y soberbia, profirió, en el buen es-

pañol que gasta, sólo extranjerizado por el acento:

—Es preciso que hablemos claro, don Gaspar. Conmigo no se juega. Reclamo una contestación categórica. La señorita Trini, ¿es ó no es novia de usted?

Sonreí, ofrecí con el gesto un asiento en mi mejor butaca á la quejosa, y contesté al *desgaire*, graduando el efecto de mi respuesta, para que molestase más:

—Naturalmente que esa señorita es mi novia. Pronto nos casaremos. ¿No se lo había dicho ya? ¡Qué distraído soy! Discúlpeme, miss Annie.

Un momento permaneció estupefacta la inglesa. No quería fiarse de sus oídos ni de sus ojos; no porque fuese inverosímil que yo tuviese novia, sino porque era humillante que se lo notificase así. Las naturalezas orgullosas se resisten á admitir la realidad de lo que las rebaja; el primer movimiento de la altanería ofendida no es la indignación; es la sorpresa. En aquella modesta institutriz era altanera la raza, la civilización de presa y de fuerza de donde

procedía; era altanera su convicción de que á la mujer se la debe lealtad. Cerca de medio minuto tardó en recobrar, no la palabra, sino la acción. Eso sí, la acción la recobró por entero, súbitamente. Avanzó sobre mí, y su vigorosa palma de jugadora de *tennis* y ciclista, huesuda bajo la morbidez, cayó sobre mi mejilla, respondiendo al claqueo de la bofetada un dolor vivo, un escozor violento, un desquicie de dentadura, una serie de sensaciones que todas actúan sobre lo puramente animal de nuestro organismo, provocando en los hombres de baja educación el ejercicio del palo y del puño, y en un hombre más culto, otra reacción diferente... Porque no sé yo quién será el varón resignado á quedarse en situación tan ridícula como la de verse abofeteado, y no con blandura, por una mujer, á puerta cerrada, de noche, y cuando, anteriormente, esa mujer ha depositado en sus sentidos un germen de impureza y de miseria fisiológica. Ciego y disparado, aproveché, pues, el momento en que miss Annie, todavía amenazadora, permanecía inmóvil,—y la enlacé y envolví y ahogué entre las elásticas serpientes

de mis brazos, riendo á carcajadas, con risa nerviosa producida por la excitación que el golpe me causaba. La defensa encarnizada de la mujer recrudeci6 mi repentina barbarie; y cuando digo la mía, digo mal; la de aquel que no era yo, 6, al menos, no era mi yo humano y consciente, sino uno de los varios hombres que hay en cada hombre, que cometen lo que aborrecen y se preguntan después: "Pero ¿cómo he podido? ¿Cómo me he dejado llevar de tal locura?.." sin encontrar respuesta.

Ella, al pronto, hería, pegaba, mordía, usaba de sus uñas, de sus dientes, de sus pies; pero yo, nervioso, frenético, luchaba sin sentir los golpes, y la sujetaba é inutilizaba su defensa. Cuando arranqué un jir6n de la tela sutil de su corpiño y vi la blancura de su piel, me ofusqué del todo. ¿Qué más? El resto fué para ella el ultraje, para mí el pecado—ese pecado hermano de la muerte; el pecado que nos acecha en cada latido de la sangre y en cada anhelo de la respiración. La vi desplomada, sollozando con angustia infantil; después la vi erguirse, desmelenada y echando espuma, epiléptica. No

supe qué decirla: me encontraba sin cerebro. Me limité á dar vuelta á la llave—ella no acertaba—para que saliese. La mirada que me echó no fué ya de reprobación ni de furor: fué esa ojeada de la alimaña atrapada en el lazo, herida, sangrante, y que recoge para la última dentellada lo que le queda de fuerza vital. Si existiese en la mirada el poder que algunos antiguos autores le atribuyeron, yo me hubiese caído allí mismo redondo, á los pies de la misera mujer á quien acababa de robar su única hacienda, su única prez,—más que la vida...

—Annie...—tartamudeé—Annie... Oiga...

Ella seguía mirándome terrible. Sus labios se agitaban sin articular palabras. Con mano insegura arreglaba su peinado, juntaba maquinalmente los trozos desgarrados de su ropa. Lo incorrecto la dolía tanto como lo impuro. Se volvió un momento, y desde el umbral me escupió, en inglés, la injuria despreciativa; algo equivalente á

—Pillastre!